

PALADARES DE CORDELIA

Geografía del Deseo

42 RELATOS ERÓTICOS



Primera edición en REINO DE CORDELIA, febrero de 2026

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodecordelia.es



@reinodecordelia.es



facebook.com/reinodecordelia



<https://www.youtube.com/c/ReinodeCordelia01>

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 6º pta, 13

28003 Madrid



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

© María José Solano, 2025

© Jesús García Calero, 2025

Cubierta e ilustraciones interiores: Dibujos de Egon Schiele

IBIC: FP | Thema: FP

ISBN: 979-13-87599-21-8

Depósito legal: M-1715-2026

Diseño y maquetación: Jesús Egido

Corrección de pruebas: Pepa Rebollo

Impresión: Técnica Digital Press

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

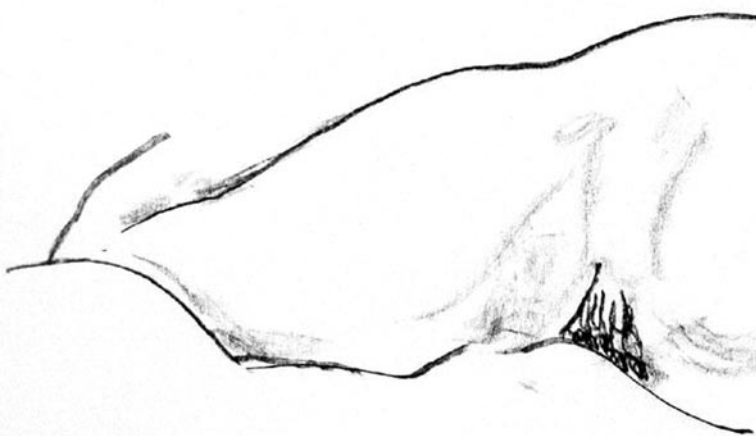
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Geografía del Deseo

42 RELATOS ERÓTICOS

María José Solano
Jesús García Calero









Índice

Prólogo | El mapa del deseo

María José Solano y Jesús García Calero,
dos autores a la sombra de I. Adler y
J.C. Pursewarden. Contado por ellos mismos 13

GEOGRAFÍA DEL DESEO 19

Antigüedad 23

☞ Tebas, Egipto. Siglo XIII a.C.
J.C. Pursewarden 23

☞ Nápoles. Siglo VIII a.C.
I. Adler 29

☞ Isla de Esqueria. Siglo VIII a.C.
I. Adler 33

☞ Puerto de Brindisi. 19 a.C.
I. Adler 41

☞ Villa en el cabo Miseno. 23 agosto
del 79, víspera de la erupción del
Vesubio
I. Adler 45

Edad Media 51

☞ Cutanda, Teruel. Junio de 1120
J.C. Pursewarden 51

Edad Moderna 61

☞ Tarancón. Febrero de 1588
J.C. Pursewarden 61

☛ Alcobaca. Octubre de 1588 J.C. Pursewarden	79
☛ París, enero de 1639 I. Adler	93
☛ Aix-en-Provence, 1720 J.C. Pursewarden	101
☛ Sanlúcar de Barrameda. Verano de 1796 I. Adler	109
Siglo XIX	125
☛ Southwark, Londres, 1811 J.C. Pursewarden	125
☛ Madrid, 13 de febrero de 1837 J.C. Pursewarden	135
☛ Bohemia, fines de agosto de 1890 I. Adler	149
Siglo XX (primera mitad)	157
☛ Boscombe, Inglaterra, 1915 J.C. Pursewarden	157
☛ Orient Express, abril de 1930 I. Adler	181
☛ Niza, junio de 1930 I. Adler	189
☛ Deià, Mallorca, 1934 J.C. Pursewarden	193
☛ Roquebrune-Cap Martin, agosto de 1939 I. Adler	203
☛ Nueva York, febrero de 1940 I. Adler	209
☛ San Francisco, noviembre de 1940 I. Adler	215
☛ París, noche del 5 al 6 de junio de 1944 J.C. Pursewarden	221
☛ Alejandría, junio de 1957 I. Adler	233

Siglo XX (segunda mitad)	239
☞ Guitrancourt (París), mayo de 1972 J.C. Pursewarden	239
☞ Real Academia, noviembre (fecha no especificada) I. Adler	257
☞ Kioto, 1973 J.C. Pursewarden	263
☞ Sáhara Occidental, 1975 I. Adler	275
☞ Beirut, agosto de 1976 I. Adler	281
☞ Madrid, diciembre de 1978 J.C. Pursewarden	287
☞ Expreso nocturno Madrid-Lisboa, 1983 (Una precuela) I. Adler	301
☞ Hollywood-Cannes, agosto de 1961 I. Adler	309
☞ Via Merulana, Roma, ferragosto de 1956 I. Adler	315
☞ Mondello, Sicilia, ferragosto de 1967 I. Adler	319
☞ Isla de Zanone, ferragosto de 1969 I. Adler	325
☞ Playa Bávaro, mayo de 1999 I. Adler	331
☞ Vuelo Madrid-Punta Cana, mayo de 1999 I. Adler	337
Siglo XXI	347
☞ Madrid, 2003 J.C. Pursewarden	347
☞ Bomarzo, Toscana, enero de 2020 I. Adler	359

☞ Conversación por WhatsApp Madrid-Milán, marzo de 2020 I. Adler	365
☞ Málaga, abril de 2029 J.C. Pursewarden	369
Epílogo: Cómo nace este libro (en dos versiones)	385
☞ Versión de J.C. Pursewarden Extractos del diario personal	385
☞ Versión de Irene Adler Operación Farsalia. Jerusalén- Lesbos-Madrid. Marzo 2020	399

Prólogo

El mapa del deseo

«El deseo es el origen de la llama doble: une el cuerpo al alma, lo visible a lo invisible, y en su ardor nos hace entrever la unidad perdida».

OCTAVIO PAZ
La llama doble

HUBO UN TIEMPO —tan reciente que aún lo recordamos con un estremecimiento— en que el mundo se detuvo. Parecía un ensayo del apocalipsis. Las calles se vaciaron y todos temíamos el contacto con los cuerpos, que estaba prohibido. Se impusieron distancias, mascarillas, barreras, soledades: la piel se convirtió en territorio vedado y el deseo, confinado dentro de nosotros, buscaba refugio en la imaginación. Fue entonces cuando dos sombras se encontraron a través de la distancia y la palabra.

Él firmaba como **J.C. Pursewarden**, diplomático en tránsito, lector de Durrell y marinero de las causas perdidas.

Ella se presentaba como **I. Adler**, agente literaria de los misterios, herencia apó-

crifa de la única mujer que venció a Sherlock Holmes.

Ambos inventaron un juego: un duelo de palabras, cuarenta rondas a corazón abierto, cuarenta relatos donde la carne robada al mundo se redimía en la escritura.

El escenario era, por tanto, el encierro causado por la pandemia; el argumento, la supervivencia del deseo cuando el más mínimo roce se convierte en amenaza. De aquel pacto epistolar, celebrado entre Corfú y Madrid mientras el Mediterráneo callaba sus puertos, nació esta colección de relatos que ahora los autores —**Jesús García Calero y María José Solano**— presentan con sus verdaderos nombres, pero sin renunciar al fulgor de las máscaras. No es comparable el juego de las máscaras con el de las mascarillas, porque a veces los pseudónimos no ocultan: revelan.

Geografía del deseo es la cartografía de un tiempo suspendido y de una correspondencia secreta. Cada relato es una coordenada de ese mapa interior. Está asociado a una ciudad, a un lugar y una fecha donde el erotismo se une a la historia, a la cultura, al cambio de perspectiva. Donde Safo compite con Casanova, y donde las palabras concitan a los amantes en ciudades reales e irreales como Roma, Alejandría o Jerusalén, en costas perdidas y golfos cálidos. La literatura, única forma de tacto permitida entonces, se convierte aquí en un cuerpo compar-

tido: una travesía a vela entre la memoria y la fiebre.

Adler y Pursewarden escribieron para no perderse, para reconocerse como viejos camaradas entre los nuevos naufragios de aquella pandemia. Escribieron con la única condición de destilar relatos sin culpa, sombras que no arrojasen otras sombras en aquellos días, cuentos que desatasen su vuelo erótico dentro de otras historias más o menos conocidas. Que la llamarada fuese indetectable y rompiese algunos límites, por puro juego. Eligieron episodios y personajes de aquí y de allá, fueron recorriendo las lecturas y las épocas. Jugaban con el tiempo, que también es un cuerpo, y con la irreverencia del lenguaje, que no siempre es áspera, para convertir las palabras en pasadizos que el deseo le anteponía a la oscuridad de los confines y los confinamientos. El imperativo que obligaba a millones de personas a echar el cerrojo a su propia familia y vecindad iba a arder en el lenguaje hacia lo desconocido. Deseo vuelto voz, si aceptamos que decir junto a la piel es un modo de tocar.

Estas páginas son el resultado de aquel experimento de riesgo y ternura, de buen humor y episodios pícaros: cuarenta y dos sombras que, al cruzar las manos de sus autores verdaderos, se transforman en un solo cuerpo narrativo. Tiene algo de atlas erótico y culto este libro, parece una vieja colección de mapas que perfilan los límites de un con-

tinente salvaje, en el que lo más inesperado podría suceder. Cartografías con historias para perderse. Eso podría convertir a quienes las lean en exploradores. Nada hay mejor que una aventura literaria pensada para espantar los fantasmas de la realidad. Escribir permitió la conversación ficticia que los salvó del silencio.

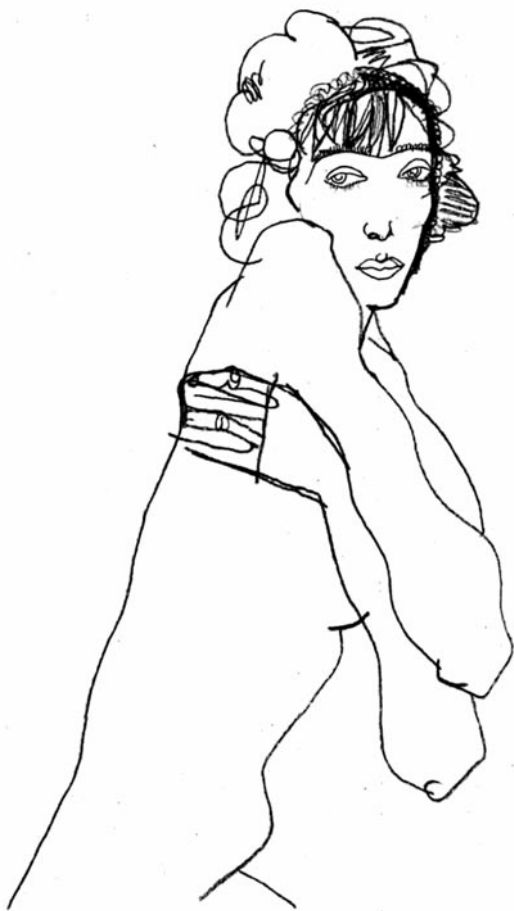
Los días de aquella cuarentena quedaron atrás. Pero el mundo sigue orbitando alrededor del abismo. Sigue habiendo conflictos en el horizonte, miedos sembrados en la mente de todos. Esa es otra razón para dejarse llevar por estos relatos, que quieren desnudar la imaginación de sus temores. Al fondo, dentro de las historias reunidas aquí, hay viajes y batallas, visitas turísticas o quehaceres heroicos, desgracias y golpes de suerte, vidas de poeta y destinos anónimos. No hay razón para dejar de desear en ningún momento ni lugar, esa es la lección de geografía que aquí se aprende, porque siempre habrá tiempo para verlo todo perdido. Y aun así...

Para recorrer *Geografía del deseo*, basta emprender el viaje. Aun así, el lector está invitado a embarcarse en el Charaxos, un velero de ficción, como verá en uno de los capítulos, que parte de Lesbos con las velas hinchadas de melancolía y sed de horizontes. También podrá montar en aviones, automóviles, viejos galeones, sementales o barcas nupciales en el Nilo. ¿Quién sabe?

En ese mar de la ficción, que es el de Homero, cada relato dibuja el perfil de una isla. Y en cada puerto hay un reencuentro o hay una despedida. Algo extraño, a elegir, porque la piel del tiempo siempre se estremece.

Geografía del Deseo

42 RELATOS ERÓTICOS







Antigüedad

☞ Tebas, Egipto. Siglo XIII a.C.

J.C. Pursewarden

EN EL CÁLIDO atardecer, el cuerpo desnudo de Tamedyemy parecía una extensión del desierto. Las dunas de la cadera, las nalgas iluminadas por el último rayo de sol, la arena caliente de los muslos, el tren de dunas de los senos avanzando y retrocediendo con la respiración, todo el esplendoroso cuerpo de la joven se mecía protegido por el abrazo de Seti. La barca ceremonial regresaba muy lentamente a palacio de la excursión nupcial con los dos amantes adormecidos bajo un discreto pabellón de vaporosos velos. El Nilo devolvía los últimos azules del cielo diurno y por el este ya se intuía la cercanía de las sombras y de la noche. En esa barca sobre las aguas nacía una nueva dinastía que mezclaba la sangre de los viejos reyes en el sudor de los dos jóvenes absortos y abandonados a un gran placer. El destino de Egipto se escribía allí mismo, en un

papiro terso de piel, entre dulces mordiscos y besos.

—Hoy el sueño está cumplido, seremos uno con la fertilidad del río —susurró Seti, algo pomposo—. Hoy he bebido de tu boca un frescor de manantial y he sentido tu vientre vibrando como las crecidas.

Sonaba entusiasta, pero preparado. Ella le mordió un pezón suavemente:

—Calla.

Le lamió. Él cerró los ojos, excitado de nuevo, y se revolvió para entrar de nuevo en ella. Tamedyemy aceptó el juego y se giró a su vez para no ponérselo tan fácil, pero él volvió a girarla con destreza y pegó su pubis al de la joven, abrazándola con fuerza. El faraón y ella se miraban fijamente, la boca abierta, los ojos fijos en la mirada del otro, ambos sudorosos y perfumados. Se acariciaban la cara con las manos mientras permanecían inmóviles, dejándose quemar de nuevo por el deseo, como piedras bajo el sol, con cada milímetro de una nueva penetración.

Esta vez fueron despacio adrede. Muy lentamente, meciéndose con el río, con la barca, con las alas del último ibis que volvía planeando al nido, con el ritmo de la respiración del mundo. Poco a poco volvieron a sentir la húmeda suavidad de los sexos dispuestos a la sabrosa batalla.

¿Cómo habían llegado hasta allí? Paramesu, el padre de Seti, había sido visir del faraón Horemheb, que murió sin tener un heredero varón y vio con su propio final agotarse su dinastía. Paramesu reinó poco

más de un año, ya anciano, con el nombre de Ramsés I y fue dando todo el protagonismo a su hijo Seti, que ahora heredaba el reino del gran Nilo. Tamedyemy y Seti se hicieron muy pronto amantes. Ella, la oscura, la hija más joven del anciano rey Horemheb, hábil e inteligente, además de bella, había iniciado a Seti en algunos de los más secretos resortes del poder. Seti era un brillante militar. Un bello príncipe. Con la legitimidad que aportaban las nupcias con la princesa Tamedyemy, sobrina de Nefertiti, su poder ahora sería incontestable. Pero por eso mismo su antigua esposa debía ser apartada.

La oscuridad crecía en los márgenes del río y Tamedyemy se sentó encima del joven faraón, con la piel brillante, iluminada por las antorchas. Le cabalgaba.

—El día acabó. Ya soy tu reina—dijo, mientras aceleraba el movimiento de caderas.

—Te amo, Tamedyemy —dijo él con la respiración entrecortada. La abrazó y cerró los ojos mientras la besaba.

Los eunucos remaban ceremoniosamente, conscientes de que los dioses debían sonreír muy cerca, asomados al rico y mullido pabellón sobre la barca para ver el reino renacer.

La joven princesa, ágil y esbelta, decidió detener sus movimientos. Sacó el pene de su vulva y lo lamió suavemente. Seti se agitaba de excitación y acarició su cabello, mientras seguía el ritmo de la cabeza de su amante con las manos. Pensó

en la bella diosa Nut, cuyo cuerpo es también muy esbelto y sostiene las estrellas formando el arco del firmamento. Nut traga el sol cada atardecer y el astro recorre todo el interior de su cuerpo durante la noche, hasta que, cada mañana, el sol es otra vez dado a luz —luz dada a luz—, en un parto que prodiga la vida de los mortales en los márgenes del Nilo. Sintiendo su sexo hinchado en el calor de la boca de Tamedyemy, Seti miró fugazmente a la orilla, donde lucían lejanas hogueras. Su pueblo respiraba tranquilo con la llegada de un faraón tan fuerte que prometía un reino poderoso. Tamedyemy se deleitaba introduciendo el miembro en su boca, besando el glande, jugando con la lengua y con los dientes. Sabría que el poder procedía de su aliento. La legitimidad, de su sangre, de sus jugos. Seti la giró y metió la cabeza entre sus piernas. Besó su sexo meticulosamente, recorriendo con pequeños mordiscos sus labios, gruñendo feliz como un cachorro de león, deleitándose con la mezcla de sudor, sexo y lujosos ungüentos con los que la nueva reina había sido ungida. Su lengua jugueteó por los bordes y luego se entretuvo en el clítoris prominente, cambiando de ritmo, con besos y lametones, y comprobó cómo se contraían respondiendo a sus caricias la vulva y el ano de su amante y cómo la boca de ella reaccionaba con un estremecimiento que él sentía en su propio sexo. Acarició sus nalgas con las dos manos, apretando la piel deliciosa en la que vivir y morir

cada noche o cada mañana. Un reino, una dinastía, el tacto. Divino sexo, noche estrellada en el vientre del cielo. Pensó otra vez en la diosa Nut. Y luego en su sed de otro combate cuerpo a cuerpo.

—Ven.

Seti la separó un momento y se puso en pie. Cogió su mano, mientras ella con la otra se limpiaba la humedad de la boca. El joven faraón la atrajo hacia sí, el pene aún enhiesto. Una brisa llena de frescor se había levantado al ocultarse el sol y los pezones de la joven reina se endurecieron. Él soltó un suspiro al tocarlos y morderlos, una vez más. Después la giró y, desde atrás, la penetró firmemente.

Ella pegó su cuerpo al de Seti con idéntica fuerza y exhaló un grito. Ya se veían las luces del palacio, reflejadas trémulamente, como estrellas tempranas, sobre el agua negra. Rítmicamente las embestidas hicieron temblar todo el cuerpo de Tamedyemy una y otra vez, una y otra vez. Las nalgas se separaban sobre el pubis del faraón de un modo exasperante, delicioso, y sus cabellos bailaban empapados en sudor como ramas al viento. Sus manos extendidas hacia atrás alcanzaron a sentir con arrebató la tensión de aquellos músculos que funcionaban como un resorte cuyos golpes su cuerpo absorbía, recorrieron arriba y abajo la cintura, el abdomen y las nalgas del guerrero en la cabalgada final. Seti también jadeó. Se abrazó fuertemente a los pechos de Tamedyemy, que escapaban como peces de sus

manos enloquecidas de placer. Se aferró a ellos como a sus armas en plena batalla, cada vez con más fuerza, cada vez más rápido, hasta temblar, cuerpo con cuerpo, boca con boca, sintiendo el unísono del mundo y la armonía de los dioses en el momento en el que derramó su semen de nuevo dentro de ella y entonces los jadeos de ambos se alzaron en gritos que cruzaron el río y volvieron como un eco de soledad desde el desierto de las dinastías.

Jadeantes aún, se recostaron.

—Yo pueblo las ciudades ocultas de tu delta. Quieran los dioses que pronto me des un heredero.

Tamedyemy le perdonó otra frase grandilocuente y se acurrucó junto a él. Seti la estrechó con el brazo derecho. Y dobló el izquierdo detrás de la nuca como almohada para mirar el cielo. Soñaba con el esplendor de las armaduras y con recuperar el reino de Siria y Fenicia. Pero esta noche no, esta noche bastaba el retumbar del corazón en las sienes y el silencio, la quietud del río de las estrellas, el reino de Nut, la que da nacimiento a los dioses. La misma joven de cuerpo núbil, de pechos pequeños, que los artistas tallaban con los brazos hacia arriba en el interior de la tapa de los sarcófagos de los faraones, diosa protectora de la noche constelada que ayuda a los reyes a renacer en el más allá, tumbada sobre ellos durante toda la eternidad.

A su lado, Tamedyemy se había dormido.

☞ Nápoles. Siglo VIII a.C.

I. Adler

TODO ES CARNE desde que tu nave cóncava te arrastrara hasta mi reino. No hay nada que pueda morder, chupar, sorber, oler, que no me lleve al dibujo de nuestras piernas trenzadas. Ya nada es inocente. Ni el mordisco de una manzana mientras te espero, sentada en la playa, ni el vino oscuro que bebes con avidez cuando vuelves de la caza y retiras de los labios con el dorso de la mano, dejando un rastro rojizo sobre tu piel de bronce. Todo se ha transformando en sexo. Sin embargo, el placer que me da tu lengua ya no es suficiente para mí. Necesito sentir la embesitada de tu miembro, ese que has clavado en mi garganta, dilatada con tu glándula, hasta casi hacerme vomitar de placer, obligándome a derramar una saliva blanca, espesa, que me cae por el cuello en regueros de espuma caliente, como si Afrodita naciera de las olas cada tarde para ti; para que dispares contra ella la

flecha de tu semen abundante de joven náufrago. Si me juras por Zeus Tonante que te mantendrás alejado de otros vientres de mujer, podrás entrar en mí como tanto deseas, y derramarte en mi vientre y desplomarte sobre los senos de puntas gruesas como uvas con un gruñido de dolor mientras apuro, celosa de que puedan perderse, las últimas gotas, moviendo con suavidad las caderas. Si en mitad de tu deseo me jurases por Selene inconstante que me amas solo a mí, me liberarías de esta maldición y ya no tendría poder alguno. Dejaría por fin de ser la porquera de hombres.

Sé que no hay amor para mí en tu corazón, pero qué puede importar eso a una mujer como yo. El mar oscuro te trajo hasta la arena de mi palacio y ahora contemplo el cielo en las constelaciones de tus cicatrices. Finjo dormir, pero bien sé que paseas tus pesadillas en mitad de la noche y hablas a solas de caballos de madera, sangre y tormentas. Te acercas, desesperado, a mi piel que quema como un escudo abandonado al sol y te hundes en mí con rabia, como si clavaras, hasta la empuñadura, el bronce afilado en el pecho de un troyano. En ese momento, qué puede importarme a mí tu corazón. Cuando atrapas mi placer bajo tus músculos crispados, tensos, brillantes de sudor, como ungidos con aceite de Hispania, qué puede importarme ese amasijo sanguinolento, tan minúsculo que cualquier dios lo rechazaría como ofrenda.

Saber que cumple su función de mantenerte con vida martilleando como un Hefesto invisible por debajo de la piel de tus ingles y tu cuello es más que suficiente para mí.

Hay mañanas que te busco y por fin te encuentro sentado en un escollo, mirando las negras tablas de la nave que la sal ha corrompido; tocando con suavidad la vela cuadrada, añorando navegar sobre el ojo de la proa rumbo a Ítaca. Supongo que al final te dejaré marchar, los dioses ya lo han decidido. Pero sé también que allá en el fondo del Mediterráneo, de vuelta a tu reino pedregoso, en mitad de la añoranza de la juventud, caminarás como un animal enjaulado, silencioso, por el cuarto que compartes con la anciana Penélope dejando que se enfríe aún más el tálamo, y rugirás desesperado, recordando nuestro Nápoles y mi nombre. Circe. Circe. En Ítaca, estoy segura, yo seré tu caballo de Troya.

☞ Isla de Esqueria. Siglo VIII a.C.

I. Adler

¿POR QUÉ HAS VUELTO, Ulises? Todas las mañanas los labios de Penélope le despiertan con la misma pregunta. La sangre de los pretendientes inunda la alcoba. Telémaco acude a él, pero apenas reconoce a ese joven ambicioso que no le perdona el abandono. ¿Por qué has vuelto? En los ojos de Penélope solo encuentra decepción: veinte años esperando a alguien que ya no es él; tan solo un hombre silencioso que mira el mar, como si sus pensamientos estuviesen en otra parte. ¿Por qué has vuelto?

Despierta, extranjero, despierta. ¿Qué te ocurre, amor mío? Los dioses no permiten que tu sueño sea tranquilo en la última noche. Ven aquí, abrázame otra vez. Nadie como yo ama tus silencios ni como yo podrá ninguna mujer vigilar con tanto amor tu descanso. Toda la noche los esclavos de mi padre anduvieron con los preparativos de la partida. Mañana los vientos de Eolo, el rey de Lipari, te serán favora-

bles y podrás embarcar rumbo a Ítaca. La herida de la espalda ya casi está curada y hace días que la fiebre no atormenta tu descanso; todo está en orden para la partida.

La partida. Aquel extranjero no quiere pensar en el amanecer, ni en la vuelta. Solo quiere abrazar el cuerpo de diosa que descansa a su lado y que, soñoliento, solicita de nuevo su carne. Olvidar el regreso y olvidar esa maldita pesadilla que ensombrece este dulcísimo lecho. La oscuridad de la alcoba envuelve la tristeza del guerrero, más negra si cabe que aquella emboscada hueca en el vientre del caballo donde, escondido junto a los mejores argivos, esperó en el círculo de la noche interminable para llevar a los troyanos la carnicería y la muerte. Pero hoy no; ahora no hay que entregar la vida; ni matar para vivir, ni ganar para regresar; no hay que cruzar el Ponto en naves cóncavas entregadas al juego cruel de un dios. Todo eso quedó muy atrás.

Y entonces, ¿por qué, estando tan cerca del añorado hogar, siento que me ahogo como si Caribdis me arrastrase en su remolino de agua? Necesito entrar en esta mujer hermosa otra vez, se dice, enfebrecido. Respirar su juventud para recobrar mis fuerzas.

Aspira el olor de su cuello cálido, acariciando con sus labios los labios carnosos, penetrando en la boca, que se abre para él dejando un hueco húmedo y profundo como antesala del sexo que está llegando; la confirmación del deseo des-

bocado que siente ella por abrirse de nuevo, trenzando de saliva los besos, moviendo las caderas bajo el peso de aquel desconocido que la monta como un guerrero de Tesalia montaría una de sus yeguas salvajes; con firmeza y templanza, y pasión, y dureza. Excitado, el hombre le abre las piernas sin dejar de besarle en la boca con la lengua tiesa, brutal, como un adelanto húmedo, prolongado, en la garganta, de lo que desea hacerle en el coño. Ella acaricia los brazos del guerrero, acostumbrados a cargar la lanza y el pesado escudo; bronceados, como el resto del cuerpo, por el sol de tantas semanas en el mar, recios, como el mármol de las esculturas de los dioses, y siente que el deseo le chorrea por entre los muslos que aprieta con fuerza en torno a las caderas del hombre, acomodándose a su ritmo. El miembro excitado de aquel dios penetra por fin en ella tan profundamente que el placer se le escapa como un gemido casi doloroso. Él la mira un momento, recordando la conciencia, asegurándose de que aquel aullido no es el dolor de una espada que se hunde en la sangre, sino el placer de la carne recibiendo a la carne amada. Pero ella no puede ver aquel gesto; atenta como está a su propio placer, arquea la espalda para dejarle aún más espacio en su interior y se mueve, rítmica, deslizando su hueco inundado, profundo y tibio a lo largo de aquel falo como si se lo chupara, despacio, con el coño. Querría poder envolver en su vientre todo lo que

él le ofrece; el miembro, la lengua, los dedos, los testículos hinchados como los de un semental; quisiera poder darle decenas de hijos; quisiera poder beber toda aquella leche que empuja y tensa el miembro luchando por salir e inundar su vientre. Pero bien sabe ella que tendrá que esperar; aquel hombre la hará todavía disfrutar durante horas, pues el capitán que logra permanecer sereno ante el canto de las sirenas, es también capaz de navegar incansable en el ponto oscuro, tempestuoso, salado, de un vientre de hembra enamorada.

Se abrazan rodando encajados sobre el blanco lino, arrugando las sábanas, él tirando de su brazo la obliga, con fuerza, a cambiar de orientación en el lecho; cruje la estructura como las cuadernas de una nave y el extranjero embiste con violencia, ayudado por el impulso de los pies en la madera del cabecero.

Baja, no te vayas tan arriba; ven aquí, hembra mía. Y no me mires así o harás que me corra. Baja más y agárrate a mí, como si no tuvieses nada más en el mundo a lo que aferrarte. ¡Eres tan hermosa! Más que la bella Circe, de hermosas manos; muchísimo más que la tierna Calipso de carnosos labios. ¿Sonríes? ¿No te enfadan mis recuerdos de mujer? Así que es eso. Te excitan, ¿verdad? Troia. Te lo contaré todo al oído mientras te corres. Te amo. Ven aquí, puta mía.

Dejarse ir dentro de esta mujer era de las cosas más dulces que le habían ocu-

rrido desde aquella guerra interminable en las riberas del Escamandro. Era una merecida recompensa, pues había recorrido un largo camino hasta llegar a su coño; rechazar la droga de los lotófagos, que hace olvidar el deseo de volver; cegar al pavoroso Polifemo con una estaca ardiente; sobrevivir a los lestrigones; ver a sus compañeros convertidos en cerdos; descender al Hades para conocer su destino; no dejarse embaucar por el canto de las sirenas; salir indemne entre las rocas de Escila y Caribdis; llorar por su regreso durante siete años en la isla de Ogigia, hacer frente a la tempestad desatada por el dios Poseidón. Todo lo había sobrellevado con paciencia, hasta hoy. Esta muchacha enamorada se le había enredado en la piel y en los huesos. Nausicáa, «la de los níveos brazos», cuyo padre, Alcino, le ayudará a volver. Pero ¿volver adónde?

Escucha, pequeña. Tengo un plan.

Ella lo mira, deshecha de amor sobre las sábanas revueltas, intentando recuperar el aliento tras aquella batalla nocturna de carne y de horas. Odiseo, el de los mil trucos, así le conocen. Ese es el hombre que adora; que amó desde el momento en el que las olas lo depositaron, desnudo, en las playas de su reino y se acercó a socorrerlo lamiendo la sal de sus heridas para que no se infectaran. El guerrero de Troya; el capitán sin nave que ha logrado cruzar con vida las ondas estigias; que ha visto a los muertos y que por eso entra en

su cuerpo cada vez con la desesperación tranquila de los que conocen demasiado bien su destino.

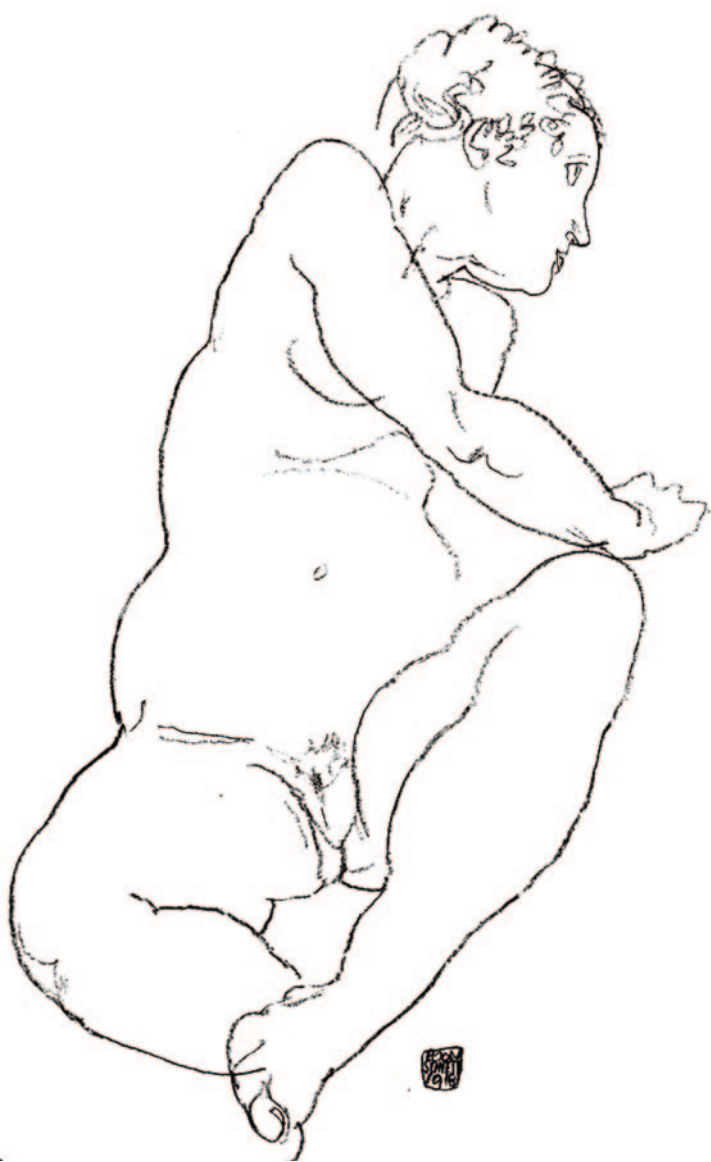
Te escucho, extranjero.

Hace doscientas cuarenta lunas que marché de Ítaca. En ese tiempo, aquel rey ha cambiado tanto que ni su esposa lo contemplaría sin empañarse de dudas. Su hijo era apenas un trozo soñoliento de carne cálida; la nodriza, una anciana y su leal Argos un viejo perro que, tumbado a la sombra de la parra, espera paciente la muerte. Mis amigos son hoy solo huesos blanqueando las orillas de Troya. Nadie hay que pueda reconocerme ya. ¿Recuerdas al áspero Mecencio de las costas tirrenas, despreciador de los dioses; el primero en entrar en la guerra y en armar a sus tropas? Lo confundían en la batalla conmigo por la manera gallarda de portar el yelmo y por cómo le obedecían, leales, sus hombres. Perdió a su valiente hijo Lauso, domador de caballos y vencedor de fieras, y con su muerte, a él no le quedó otra cosa que cicatrices y recuerdos. Desea, porque así me lo confesó la noche de la tormenta que nos trajo a tus orillas, servir al rey de Ítaca; ejercitarse en la caza entre las descarnadas rocas de aquel reino y esperar, sereno, la muerte. Desde hace días duerme en el puerto, junto a la negra nave que batirá las olas de vuelta. Sueña con esa isla pedregosa que, a fuerza de evocarla como final tranquilo, ha terminado perteneciéndole a él más que a mí. Si yo se lo pido, vestirá mis ropas y será

un buen esposo y un buen rey. Además, te ha visto desnuda jugar con tus doncellas en las playas de Trapani y me ha visto mirarte; comprende porqué yo siento que he llegado finalmente a mi patria.

Nausicáa lo escucha muy atenta, incorporado su cuerpo flexible de gacela sobre un codo, la cabeza de cabello trigueño como la dorada miel destilada en Cerdeña un poco ladeada, la boca entreabierta, concentrada en su voz como cuando atiende a las lecturas de los poemas de la divina Erinna de Telos o compone ella misma, como una guerrera de las palabras, sus textos imaginativos; alados.

Junto a ti me quedaré. En los días de paz que me restan serás tú, bella Nausicáa, mi caballo de Troya, de cuyo vientre no quiero salir jamás. Te contaré cada noche un trozo de mi historia, que a veces inventaré y a veces recordaré; y como tú vivirás más que yo, tal vez un día quieras escribirla y hacerme inmortal, como Homero hizo con los guerreros de Ilión. Solo una condición te pido. Nunca desvelas la verdad; cuida de la pobre Penélope; deja que ella y los siglos crean que volví, que todavía la amaba; que esa triste mujer nunca fue, a pesar de que la certeza siempre anidó, oscura, en su corazón de esposa, una simple anécdota en mi vida.



☞ Puerto de Brindisi. 19 a.C.

I. Adler

—QUÉ HERMOSOS han sido los días de nuestra juventud, querido Virgilio. Qué llenos de amigos, de lecturas, de viajes, de sabias palabras de los maestros, de musas seductoras de equívocas palabras que gustaban de contar mentiras semejantes a verdades.

—Cierto, Horacio. Se equivocan quienes piensan que hemos servido al emperador Augusto o a Cayo Mecenas; es a ellas a quienes entregamos lo mejor que teníamos; el talento, la imaginación y las palabras. Hemos traído al mundo algunos hermosos versos por ellas inspirados; tantas horas entregadas al trabajo de la escritura, tanto ardor, tanta esperanza. Y mira, ahora que estoy a punto de embarcar en un futuro incierto, como Eneas, y así como él cargó a hombros a su padre, cargo yo ahora con esta vejez inevitable; no son las musas, a

las que tanto debo, las que me llevaría en este periplo, sino a ella.

—Si, viejo amigo. Hay mujeres que han nacido para ser recordadas cada noche en la proa mientras la nave negra bate las olas. Y ella es una de esas mujeres. ¿Te acuerdas de aquella vez en la excelsa Roma?

—Cómo voy a olvidarlo. Yo aún presumía de ser libre, pero ya estaba atrapado en su piel y su deseo desde hacía tiempo. Por eso cuando me lo pidió mirándome con aquellos ojos que no dejaban lugar a dudas, tuve que aceptar: «Quiero compartir lecho y caricias con los dos poetas más grandes de la Historia». Y así fue. Poderosa como Juno, nos recibió sirviéndonos en su aposento el vino de la bota Sabina tan solo con una diadema de mirto graciosamente enredada en los cabellos que le cubrían la mitad de la espalda.

—Jamás contemplé una piel tan suave, querido Virgilio; jamás vi a hembra alguna acercarse con tan descarada seguridad a mi verga empinada. Trenzaba su lengua impúdica con la destreza de la reina de los lupanares de Subura, lamiendo el miembro duro sin dejar de mirarme con aquellos ojos oscuros, insondables. En cuclillas, agarrada a mis muslos, sus pezones pedían, hinchados, unos labios o unas manos. Tirando de ellos con placentera violencia la obligué a subir hasta mi boca y la asfixié con besos obscenos de lengua chorreante y dentelladas ciegas. Ella recibía mis besos y mi embestida mirándote

a ti. Esa mirada. Nunca olvidaré esa mirada. Había virado el brillo de sus ojos a un dorado de miel, como si tu sonrisa cómplice iluminara por dentro su deseo. Entonces, pareciendo que obedecieras a un código establecido, te decidiste a intervenir, y al acercarte tú, sentí que yo desaparecía para ella. Mi verga seguía dentro de su coño; mis manos tiraban de su hermosa cabellera hacia atrás, obligándola a ofrecerme un cuello blanquísimo que mordí hasta casi hacerle sangrar. Pero ella era tuya; tus besos en su espalda le hacían gemir con una ronquera singular, como de pantera en celo; y entonces, casi sin darme cuenta, con un movimiento de sus caderas me expulsó suavemente del templo custodiado por sus piernas, columnas perfectas, para dejarte entrar a ti. A cuatro patas la penetraste, amansándola como un nuevo Alejandro a su Bucéfalo. Yo me retiré para veros mejor, porque aquel espectáculo era verdaderamente digno de un filósofo o de un poeta. Una sacerdotisa en su templo, o una reina en el himeneo tomada por Júpiter Tronante no se habrían comportado con tal sublime obscenidad. Vuestros cuerpos enlazados en aquella danza acompasada, indecente, amorosa, desesperada y brutal eran de tal hermosura, que me corrí contemplando aquel espectáculo único; feliz por haber sido convocado como testigo de la cópula entre dioses.

—Aun continuamos enredados hasta bien entrada la mañana del siguiente día.

Y durante algunos años seguí prefiriéndola entre todas.

—Amado Virgilio, encontrarás el amor o el consuelo, que a esta edad siempre es lo mismo, en el acogedor pueblo griego al que ahora te diriges; sus mujeres te recibirán con ternura y te acompañarán en una dulce vejez, ya lo verás.

—Sea como tú dices si Fortuna no cambia, pero, aun así, y a pesar del tiempo transcurrido desde aquella noche, te confieso que ayer tuve la osadía de regresar a su casa; llamé de nuevo a su puerta solo para despedirme de ella; necesitaba probar su dulzura por última vez. Y ¿sabes, amigo Horacio? Sentí como si aquel beso me llevase a través del tiempo por un Purgatorio y un Infierno recorriendo los siglos; tocando los labios de todas las mujeres que tendrán que nacer y morir hasta llegar de nuevo a esa otra que, en un día desconocido de un mundo diferente al que hoy contemplamos, me buscará de nuevo para besarme, rozando apenas la boca fría de mi esfinge de mármol.

Y ella será la última mujer que bese a Virgilio.

Entonces podré por fin descansar en paz.

☞ Villa en el cabo Miseno. 23 de agosto
del 79, víspera de la erupción del Vesubio
I. Adler

Hoy de nuevo burlas las obligaciones de tu esposo y vienes a disfrutar en mi lecho, por eso mis esclavos, como siempre pides, se harán invisibles y sordos y mudos y ciegos. Al otro lado de la bahía, Pompeya brilla quieta bajo el último sol, recibiendo las caricias rosadas de la tarde como una complaciente cortesana de Lesbos. En el puerto, la flota magnífica de Marco Agripa descansa bajo el soplo de los suaves vientos del golfo de Pozzuoli y el mar es un cielo falso e invertido de estrellas. Todo está en calma porque así lo he dispuesto para nosotros. Me gusta contemplarte a solas; servirte yo la comida, escanciarte el vino, deshacer las tiras de cuero de tus sandalias besando tus pies desnudos, obscenos, como de puta acadia. Ofrecerme así, como un esclavo galo que acabases de adquirir en las subastas de Delos, me permite contemplar extasiado tu creciente

crueldad que, como sombras en la tarde, se alarga adquiriendo la dimensión más oscura de tu deseo.

A cambio te ofrezco mi vigor; mis brazos entrenados con dureza en la palestra, la cintura joven, preparada para la embestida incansable, la espalda tensa y las piernas firmes como las de los aurigas o los gladiadores; como las de ese Celadus el Tracio o aquel otro, Crescens el recia-rio, dueños de las espadas que las pompeyanas aman y que tú usas para disfrutar imaginando en silencio con tu marido lo que estás obligada a dar por ley.

Pero realmente lo que deseas es mi cuerpo, tan parecido al de esos héroes aqueos, cuya valentía adoras recitarme al oído mientras te excito con el miembro erecto y duro como un puño cerrado acariciándote con él los muslos, el pubis, el culo, ayudando a tu imaginación en la evocación de aquel griego de hermosas grebas que siempre termina inundando tu sexo como una fuente donde sumerjo mi placer. Roma invicta lo es también en el campo de batallas del lecho, y los viejos griegos han de postrarse una vez más ante la ramera que los domina.

Contemplo, extasiado, la belleza de esta mujer. Como un auriga vencedor, manejo con destreza las riendas de su cuerpo y todavía no voy a darle lo que me piden sus ojos; me suplican que cruce el umbral de sus nalgas clavándome las uñas en los riñones, atrayéndome hacia ella con tranquila desesperación. Soy de

nuevo su señor y ella vuelve ser mi esclava. Ese es el orden natural de las cosas, *columba* mía. Pienso en mitad de esta locura que la podría matar con las mismas manos con las que le doy placer; estrangularla con los dedos que fuerzan su vagina con brutalidad, agitando desde dentro la cintura. No parece dolor ese gemido, no quiero hacerle daño, pero me excita pensar que podría hacérselo. *César protege a los vencidos con la misma mano con que los vence*. Recupero la lucidez para no correrme todavía. Le devuelvo la copa llena de vino de Sabina y bebemos mirándonos a los ojos. La fina túnica se ha pegado a su piel, y toda ella resplandece de sudor y excitación; como un lirio bajo la lluvia.

Mis esclavos han hecho bien su trabajo. Admiramos los sabrosos manjares embriagando los sentidos con aquel espectáculo. He dispuesto el Triclinium como un poema de Quintio Ennio: mejillones de Eno oscuros como el vello de su pubis; ostras rugosas de Abido abiertas y mojadas, latiendo vivas como los labios de su coño; un hermoso congrio de Brindisi, reluciente, semejante a un falo descomunal, cubre una fuente de cristal y un delicioso mújol procedente de Córcega y los escollos de Tauromenio, salado y oscuro, parece listo para sorberlo de la copa diminuta de su ombligo.

En el centro de una bandeja de oro, atrapadas en las redes temerarias que despreciaron la boca de Caribdis para

traerlas hasta aquí, unas sublimes langostas de carne rosada esperan pacientes como víctimas de un propiciatorio. Esta vez somos nosotros los dioses y ya hemos decidido su suerte. Abre ella la corteza crujiente de esta fruta del mar mientras se afana en extraer la carne tibia, recién hervida, sin dejar de mirarme, con los dientes blanquísimos y la punta de la lengua dura, casi erecta. ¡Por la sagrada Cite-rea! Esa lengua tensa, rosada, es uno de los secretos de mi deseo. Cuando me tumbó boca abajo, excitado, ella me penetra con ese músculo incansable y por los dioses que nada tiene que envidiar al pene jugoso de un púber de gimnasio.

Pero no estamos tumbados todavía, sino reclinados, y ella, sin dejar de mirarme, muerde el interior del caparazón hasta el abdomen, extrayendo a dentelladas la sabrosa carne. Separa con seca violencia las patas del cuerpo y vuelve a hacer lo mismo con las articulaciones, haciéndolas crujir suavemente en la boca que chorrea, como los dedos y el antebrazo, un jugo rojizo que sale de dentro del animal. Siento que el miembro, excitado, vuelve a erguirse a golpes de sangre y me inclino ante su sexo sorbiendo con placer su humedad; reproduciendo el sonido que hace ella con la langosta desmembrada. Recorro con la lengua la vulva y ascendiendo hasta el clítoris donde me detengo para envolver, empujar, masajear el divino botón, que gotea entre mis labios. Un gemido ronco, casi dolorido allá arriba

me indica que es correcto el rumbo y sigo mi periplo bajando un poco más con la lengua hasta su maravilloso, mórbido culo, que se dilata expectante, con acogedora familiaridad. Es el momento de penetrarla, y lo hago con estudiada, placentera, lenta brutalidad sobre las teselas del pavimento. Boca arriba, puedo acompañar el ritmo de la embestida del falo encajado profundamente en su culo con los dedos en la vagina, que se agita con sacudidas húmedas. Follamos como si esta no fuese una plácida tarde de agosto, sino la fría noche de las Lupercarias, poblada de hembras de senos hinchados de deseo dejándose preñar por los lobos hambrientos en lo más profundo de los bosques del Gianicolo.

Me derramo en su *antrum* con un aullido de placer dejándome mecer por sus caderas que recogen, dulces, los últimos espasmos. Qué amargos son los besos que salen ahora de nuestras bocas. Son besos de despedida, de súplica, de promesas. Tal vez de amor. Veo alejarse su bote sobre las tranquilas aguas de la bahía, rumbo a la cercana Pompeya. A lo lejos, sobre la negra mole del Vesubio, extrañas sombras cubren un cielo sin estrellas similar al ojo ciego del cíclope, como un mal presentimiento. Aparto de mí esos nefastos augurios. Fijo la vista en la noche, pero la oscura lejanía ha devorado su pequeña nave, que estará arribando al embarcadero del muelle. Pienso en su cuerpo que huele en mí

como si aún la llevase dentro. Amo a esa mujer; por Júpiter que la amo. ¿Cómo no he podido verlo antes? Su playa húmeda es el final de mi periplo. Mañana se lo diré. Apenas nos separa una bahía y un matrimonio infeliz, pero estoy cansado de compartirla; de esperar en esta villa su llegada, de temer al viejo Cronos, que juega con nosotros sustrayendo granos de arena dorada al reloj. Mandaré preparar un bote y zarparé al amanecer para cruzar este trozo de mar negro que hay entre ella y yo. Paciencia, Plinio, aplica con serenidad lo que tu viejo sabio tío te ha enseñado todos estos años. Un día solo. ¿Qué puede pasar en un solo día?